

la pata de oso es uno de los manjares más delicados que uno puede saborear.

Al subirme á mi trineo encontré en él la piel de mi oso, colocada allí por orden de Nariskín, que llevó su galantería á tal extremo.

XI

Encontramos á San Petersburgo entregado á los preparativos de dos grandes fiestas que se efectúan á pocos días una de otra; me refiero á las fiestas de año nuevo y de la bendición del Neva: la primera mundana, y religiosa la segunda.

En virtud de la costumbre que hace que los rusos llamen *padre* al emperador y *madre* á la emperatriz, el día de año nuevo los soberanos reciben á sus hijos.

Como al acaso, se distribuyen veinticinco mil esquelas de convite por las calles de la capital, y los veinticinco mil convidados, sin distinción de categorías, son admitidos aquella noche misma en el palacio de Invierno.

Habían cundido algunos rumores siniestros; decíase que aquel año no habría recepción, y decía esto la gente, fundándose en la voz que corriera pese al tenebroso y profundo silencio que guarda la policía rusa. Todavía se trataba de la incógnita conspiración á que más atrás nos hemos referido, serpiente de mil anillos y de dardos mortíferos, que levantaba la cabeza y amenazaba para volver á hundirse en las tinieblas y ocultarse á todas las miradas. Con todo eso los temores se disiparon, á lo menos el temor de los curiosos, gracias á haber el emperador dicho terminantemente al gran maestro de policía que era su deseo que todo se hiciese como de costumbre, por mucho que facilitase la ejecución de un asesinato el dominó,

con que, siguiendo la antigua práctica, se cubren los hombres.

Lo notable en Rusia es que, prescindiendo de las conspiraciones de familia, el soberano sólo tiene que temer de los grandes, pues su doble carácter de pontífice y de emperador, que aquél ha heredado de los Césares, como su sucesor oriental, le hace sagrado para el pueblo. Por otra parte en todas las naciones sucede lo mismo, y esta es la faz sangrienta de la civilización. En los tiempos de barbarie, el asesino queda en la familia; de la familia pasa á la aristocracia, y de la aristocracia va á parar en el pueblo. Rusia tiene pues que pasar todavía algunos siglos antes de alimentar en su seno á hombres como Jacobo Clemente, Damiéns y Alibaud; aun está en los Pahlen y en los Ankastram. Así es que, según decían, los asesinos del emperador tenían que pertenecer forzosamente á la aristocracia, y aquél hallarlos en su mismo palacio, y aun en su propia guardia. Esto era sabido, ó á lo menos así se decía, y sin embargo no era posible distinguir unas de otras las manos amigas y las manos enemigas; tal había que se acercaba al monarca arrastrándose como un perro, y prontamente podía enderezarse y desgarrar como un león. No cabía confiar y esperar sino en Dios, que es lo que hizo Alejandro.

Llegó el día de año nuevo, y los billetes fueron distribuidos como de costumbre. En cuanto á mí, mis discípulos se mostraron tan solícitos en hacerme presenciar aquella fiesta nacional, interesantísima para un extranjero, que reuní diez esquelas de convite.

A las siete de la noche se abrieron las puertas del palacio de Invierno.

Dados los rumores que cundieran, me persuadí de que hallaría las inmediaciones del palacio llenas de soldados; júzguese pues de mi asombro al no ver ni una bayoneta de refuerzo; en el exterior del palacio no había más que las centinelas de costumbre, y en el interior de él ni una sola guardia.

Por lo que pasa entre nosotros, siempre que se trata de un espectáculo gratis, puede el lector formarse idea de lo que será el movimiento de una muchedumbre ocho veces superior que se precipita en un palacio inmenso como el de las Tullerías. Sin embargo merece consignarse que el respeto que instintivamente siente por su soberano el pueblo ruso, impide que tal invasión degenera en confusión ruidosa. En vez de gritar á porfía, todos y cada uno, como imbuidos de su inferioridad y agradecidos al favor que les conceden, encargan la mayor circunspección á su vecino.

Mientras los convidados invaden el palacio, el emperador está en la sala de San Jorge, donde, sentado junto á la emperatriz y rodeado de los grandes duques y de las grandes duquesas, recibe al cuerpo diplomático. Una vez los salones están henchidos de grandes señores y de mujicks, de princesas y de costureras, ábrese de improviso la puerta de la sala de San Jorge, suena la música, el emperador ofrece la mano á Francia, España y Austria, representadas por sus embajadores, y aparece á la puerta. Entonces la muchedumbre se apiña, se retira, sepárase la oleada como el mar Rojo, y Faraón pasa.

Este, decían, era el momento elegido para asesinar á Alejandro, y á fe que era lo más fácil del mundo.

Los rumores que habían cundido hicieron que yo mirase al emperador con redoblada curiosidad. Díme á entender que lo vería triste como en Zarko-Selo, y con profunda admiración noté que, por el contrario, quizá nunca se había presentado con rostro más franco y risueño. A bien que este era el efecto que producía en el emperador Alejandro toda reacción moral contra un gran peligro. De esta serenidad ficticia había dado aquél dos ejemplos notables, uno en un baile en la embajada de Francia, otro en una fiesta celebrada en Zakret, cerca de Vilna.

Pues sí, Caulaincourt, el embajador francés, dió en cierta ocasión un baile al emperador, y á eso de media

noche, esto es cuando todos estaban danzando, fueron á comunicarle que ardía el palacio de la embajada. El recuerdo del baile del príncipe de Schwartzemberga, interrumpido por un accidente parecido, se refrescó al punto en la memoria de Vicencio, junto con todas las consecuencias fatales á que la catástrofe dió origen, consecuencias causadas más por el terror, que quitó la razón á todos, que no por el peligro en sí. Así pues el duque quiso verlo todo por sus propios ojos, y colocando en las puertas sendos ayudantes de campo, con orden de no dejar salir á persona alguna, acercóse al emperador y le dijo en voz baja:—Señor, el palacio está ardiendo, y voy á informarme por mi mismo de la importancia del siniestro; conviene que nadie lo sepa antes de que yo conozca la naturaleza y la magnitud del peligro. Mis ayudantes de campo tienen orden de no dejar salir á persona alguna más que á vuestra majestad y á sus altezas imperiales los grandes duques y las grandes duquesas. Si pues vuestra majestad quiere retirarse, puede; lo único que me animo á observaros, señor, es que nadie creará en el fuego mientras os vean en los salones.—Está bien, repuso el emperador, váya V.; no me muevo.

Caulaincourt se encaminó al sitio donde el incendio acababa de declararse, y vió que, como él presumiera, el peligro no era tan grande como en un principio pudo temerse, cuanto más que bastó la acción de los criados para sofocar el fuego.

El embajador subió de nuevo á los salones, y hallando al emperador bailando una polaca, cruzó con él una mirada de inteligencia.

—¿Y bien? preguntó Alejandro á Caulaincourt después de la contradanza.—El fuego está apagado, señor, respondió el duque.

Hasta el día siguiente los convidados á aquella suntuosa fiesta no supieron que durante una hora habían danzado sobre un volcán.

Buena cosa más importante fué lo que pasó en

Zakret, pues el emperador no sólo se jugó la vida, mas también su imperio. En lo mejor de la fiesta, vinieron á notificarle que la vanguardia francesa acababa de pasar el Niemen, y que Napoleón, su huésped de Erfurth, á quien se había olvidado de convidar, por momentos podía entrar en el salón de baile, seguido de cien mil danzantes. Alejandro, haciendo que hablaba de cosas indiferentes con sus ayudantes de campo, dió las órdenes del caso, continuó recorriendo los salones, ensalzó las iluminaciones, de las que la luna, que acababa de levantarse, era, dijo, la más hermosa pieza, y no se retiró hasta media noche, en el momento en que la cena, servida en varias mesitas, al ocupar á los convidados, le permitía ocultar fácilmente su ausencia. Durante la velada ninguno advirtió en el rostro del soberano la más leve señal de zozobra, de modo que no se tuvo conocimiento de la llegada de los franceses hasta que éstos se presentaron.

Anudando ahora el hilo de nuestro relato, diremos que el emperador, por muy doliente y melancólico que estuviese en el día á que hemos llegado, esto es el primero de enero de 1825, había recobrado si no toda su antigua serenidad, á lo menos su antigua energía. Alejandro recorrió como de costumbre todas las salas, guiando la especie de galop de que ya he hecho mérito y seguido de su corte, y yo á mi vez me dejé arrastrar por la oleada, que volvió á su punto de partida á eso de las nueve, después de haber dado la vuelta al palacio.

A las diez y ya completamente iluminado el Retiro, las personas que tenían billete para el espectáculo particular fueron invitadas á presenciarlo, y como yo era una de ellas, á él me encaminé no sin que me hubiese costado trabajo pasar al través de la apretada muchedumbre.

En pie á la puerta que conduce al teatro, y para oponer un dique á los convidados y verificar las es-

quelas, habla doce negros lujosamente vestidos á lo oriental.

Confieso que al entrar en el teatro del Retiro, en lo último del cual y en una larga galería fronterera de la sala estaba servida la cena de la corte, parecióme efectuarlo en un palacio de hadas. Figúrese el lector una sala inmensa toda ella entapizada, techada y artesonada de tubos de cristal del grueso de las cerbatanas con que los muchachos disparan bolitas á los gorriónes. Todos aquellos tubos, de contorno y forma apropiados al sitio en que figuran, están unidos entre sí por filetes de plata imperceptibles, y esconden ocho ó diez mil lamparillas, de las que reflejan y aumentan el brillo. Estas lamparillas de color iluminan paisajes, jardines, flores, bosquecillos de los que parte una música aérea é invisible, cascadas y lagos en los que parecen rodar millares de diamantes, y que, vistos al través de aquel velo de luz, adquieren tonos fantásticos y poéticos en maravilloso grado.

Sólo el colocar esta iluminación absorbe dos meses y doce mil rublos.

A las once, la música anunció con una marcha la llegada del emperador, que entró rodeado de su familia y seguido de la corte. Los grandes duques y las grandes duquesas, los embajadores y sus esposas, los oficiales de la corona y las damas se sentaron á la mesa del centro, y los demás convidados, en número de unos seis cientos y pertenecientes todos á la primera nobleza, tomaron sitio en torno de otras dos mesas. Únicamente el emperador se quedó en pie, circulando entre las mesas, y dirigiendo la palabra á este ó á aquel convidado que, según las leyes de la etiqueta, le respondía sin levantarse.

Ignoro qué efecto causó á los demás el mágico espectáculo que ofrecían el emperador y tantos personajes, unos cubiertos de oro y bordados, otros deslumbradores de diamantes, vistos en medio de un palacio de cristal; yo de mí sé decir que en mi vida había sen-

tido, ni he vuelto á sentir después, una sensación de grandeza como aquella. Andando el tiempo he asistido á algunas de nuestras fiestas reales; pero dejando á un lado el patriotismo, no puedo menos de reconocer la superioridad de la que dejo descrita.

Terminado el banquete, la corte salió del Retiro y tornó al salón de San Jorge, donde á la una la orquesta dió la señal de otra polaca que, como la primera, fué guiada por el emperador, que inmediatamente después se retiró, no sin honda satisfacción mía, lo confieso, pues pasé toda la velada con el corazón oprimido al pensar que una fiesta tan suntuosa y agradable podía verse de un momento al otro ensangrentada, por más que me pareciese imposible, al ver la gran prueba de confianza que el soberano daba á su pueblo, ó por mejor decir á sus hijos, que el puñal no cayese de las manos del asesino, fuere éste quien fuese.

Salido que se hubo el emperador, la muchedumbre fué desfilando poco á poco, y pasó de cuarenta grados de calor que hacía en el palacio, á -20° que hacía fuera, lo cual era una diferencia de sesenta grados. En Francia habríamos sabido ocho días después cuántas personas habían muerto víctimas de tan repentina y violenta transición, y hallado la manera de echar la culpa sobre el soberano, los ministros ó la policía, lo cual habría dado pie á los filántropos de la prensa para una polémica hasta allí; pero en San Petersburgo no se sabe nada, y á ello se debe que las fiestas no tengan triste mañana.

Respecto de mí, gracias á un criado que por caso no común tuvo la inteligencia de no moverse del sitio en que le dije que me aguardara, y gracias también á gruesísima capa de pieles y á un trineo muy bien cerrado, llegué sin novedad al canal de Catalina.

La segunda fiesta, la de la bendición de las aguas, aquel año cobró mayor solemnidad á causa del terrible desastre ocasionado por la reciente inundación

del Neva. De quince días á aquella parte, los preparativos de la ceremonia se hacían con pompa y actividad que visiblemente participaban de un temor religioso completamente desconocido para pueblos sin creencias como el nuestro. Tales preparativos consistían en la erección, en el Neva, de un gran pabellón circular con ocho aberturas, adornado de cuatro grandes lienzos y rematado en una cruz, al cual se llegaba por un muelle ó puente echado frente al Retiro. Por la mañana del día de la fiesta tenían que abrir en el piso de hielo del pabellón un grande agujero para que el sacerdote pudiese llegar hasta el agua, ó expresándose con más propiedad, para que el agua pudiese llegar hasta el sacerdote.

Por fin amaneció el día que había de apaciguar la cólera del río. Pese á lo crudísimo de la temperatura, que era de -20° , desde las nueve de la mañana los malecones y el río estaban cubiertos de una compacta muchedumbre. Y aquí digo que no me atreví á tomar sitio entre los espectadores que cubrían el río, temeroso de que el hielo, fuere cual fuese su resistencia y su espesor, no se rompiese al peso enorme que sobre él gravitaba. Me entretetí pues como pude entre la gente, y después de tres cuartos de hora de trabajo, durante los cuales me advirtieron dos veces que se me helaba la nariz, llegué hasta el parapeto de granito que resguarda el malecón.

En torno del pabellón de que he hecho mérito había un vasto espacio circular reservado.

A las once y media la emperatriz y las grandes duquesas tomaron sitio en las encristaladas tribunas del alcázar, y su presencia anunció al pueblo que el *Te Deum* había terminado. En efecto, por el Campo de Marte desembocó toda la guardia imperial, esto es unos 40,000 hombres, que al són de las músicas militares vinieron á formar en batalla en el río, extendiéndose en tres líneas desde el palacio de la embajada de Francia hasta la ciudadela. Al mismo instante

abrióse la puerta del alcázar, y parecieron los pendones, las santas imágenes y los chantres de la capilla imperial, precediendo al clero conducido por el pontífice; luego vinieron los pajes y las banderas de los regimientos de la guardia sostenidas por alféreces, y por último el emperador, que tenía á su derecha al gran duque Nicolás, y á su izquierda al gran duque Miguel, y lo seguían los grandes dignatarios de la corona, sus ayudantes de campo y gran número de generales.

Tan pronto el emperador hubo llegado á la puerta del pabellón, casi lleno por el clero y los abanderados, el metropolitano dió la señal, é inmediatamente y sin acompañamiento instrumental alguno resonaron los cánticos entonados por más de cien voces de hombres y niños, pero con tanto ajuste y afinación, que no recuerdo haber oído en mi vida tan maravillosa armonía. Mientras duraron los cánticos, esto es por espacio de unos veinte minutos, el emperador, sin abrigo de pieles, con sólo el uniforme, permaneció en pie, inmóvil y con la cabeza descubierta, arrostrando un clima más poderoso que todos los emperadores del mundo, y corriendo un peligro más real que si se hubiese encontrado frente á cien cañones delante de una línea de batalla. Esta imprudencia religiosa era tanto más horripilante para los espectadores, embozados en sus capas y con la cabeza cubierta con gorras forradas de pieles, cuanto el emperador, aunque todavía joven, estaba casi calvo.

Terminado este segundo *Te Deum*, el metropolitano cogió de manos de un monaguillo una cruz de plata, y en medio de la arrodillada muchedumbre la sumergió en el río por la abertura hecha en el hielo, y que permitía al agua subir hasta él. Luego tomó un vaso, lo llenó de aquella agua bendita y lo presentó al emperador.

Cumplida esta ceremonia, llegó la vez á las banderas, y en el instante de inclinarse éstas para recibir la

bendición, del pabellón partió un cohete que trazó en el aire una línea de blanco humo y fué precursor inmediato de un estampido horroroso: los cañones de la ciudadela cantaban también y con su voz de bronce el *Te Deum*.

Durante la bendición se repitieron tres veces las salvas, y á la tercera el emperador se cubrió y tomó la vuelta del alcázar, pasando, en este trayecto, á contados pasos de mí. Ahora Alejandro estaba triste como nunca yo lo viera; sabedor de que en medio de una fiesta religiosa no corría peligro, se había quitado toda máscara.

Apenas el emperador se hubo alejado, el pueblo se precipitó hacia el pabellón, y unos metieron la mano por la abertura y se santiguaron con el agua recién bendecida, otros llenaron de ella vasos de que al efecto iban provistos, y aun los hubo que zambulleron en el agua á sus pequeñuelos, convencidos de que en semejante día el agua del río nada tiene de peligrosa.

También en el día de año nuevo se celebra en Constantinopla una ceremonia parecida; pero como allí no hace frío ni el mar se hiela, el patriarca se mete en una barca y arroja al agua azul del Bósforo la cruz santa, que un buzo recoge antes de que se haya perdido en las profundidades.

Casi inmediatamente después de las ceremonias religiosas empiezan las fiestas profanas, de que es teatro la costra invernal del río; pero tales fiestas están subordinadas al capricho de la temperatura. Pasa con frecuencia, que una vez dispuestas las barracas, tomadas todas las disposiciones, y á punto de empezarse las carreras de caballos y de funcionar las montañas rusas, las veletas, desenmohecidas, giran repentinamente hacia el oeste. Entonces llegan del golfo de Finlandia ráfagas de viento húmedo, rezuma el hielo, la policía interviene, y en menos que canta un gallo y con profundo disgusto de los sampetersburgueses, las barracas son demolidas y trasportadas al Campo de

Marte. Pero aunque sea absolutamente lo mismo, y que el pueblo encuentre allí las mismas diversiones, el carnaval ha fracasado. El ruso está apegado al Neva como los napolitanos al Vesubio; si éste deja de humear, temen que se haya apagado, y más quieren verlo mortífero que no muerto.

Por fortuna no sucedió así durante el glorioso invierno de 1825; á Dios gracias, ni por un instante pudo temerse el deshielo; así es que mientras servían de prelude á las fiestas populares algunos bailes aristocráticos, empezaron á levantarse numerosas barracas frente á la embajada de Francia, extendiéndose casi de uno á otro malecón, ó sea en una anchura de más de dos mil pasos. Tampoco quedaron en zaga las montañas rusas, que con asombro mío parecíanme muchísimo menos elegantes que sus imitaciones parisenses: las forman sencillamente una bajada cimbrada de treinta metros de altura por ciento veinte de longitud, labrada de tablas sobre las cuales echan alternativamente agua y nieve hasta que se forma una costra de hielo de unos quince á veinte centímetros. En cuanto al trineo, consiste en una tabla encorvada en uno de sus extremos, y semejante por su aspecto á las carretillas de que se sirven nuestros mandaderos para llevar los fardos. Los conductores se entretajan entre el público, con la tabla sobarcada y reclutando aficionados. Cuando han pescado uno, se suben con él por la escalera que conduce á la cúspide, y que está en la vertiente opuesta á la bajada; el deslizador ó la deslizadora se sientan en la delantera, con los pies apoyados en el borde; el conductor se acurruca detrás y dirige su trineo con habilidad tanto más necesaria cuanto en ambos lados de la montaña no hay barandilla y la tabla se precipitaría si se desviase. Cada carrera cuesta un copeck, ó sea algo más de dos céntimos.

Las otras diversiones allá se van con nuestras fiestas de los Campos Eliseos en días de regocijos públi-

cos; vense en ellas alcides de todas partes, gabinetes de figuras de cera, gigantes y enanos, anunciado todo por músicas horripilantes y payasos cosmopolitas. Según pude juzgar por los ademanes, las farsas con ayuda de las cuales los saltimbancos llamaban al público, tenían muchos puntos de contacto con las nuestras, aunque todas se distinguían de ellas por ciertos pormenores locales. Una de las chuscadas que me parecieron estar más en boga, es la broma que dan á un buen padre de familia que arde en deseos de ver á su rorro, próximo á llegar del pueblo donde lo crían. Preséntase la nodriza con el chicuelo en brazos y tan arropado, que sólo se ve la punta de un hociquito negro. El padre, loco de alegría al ver nuevamente al chiquitín, que lanza incesantes gruñidos, halla que en lo físico es aquél su vivo retrato, y que en lo cariñoso ha salido á su madre. La cual sube á tiempo que su marido profiere estas últimas palabras, palabras que provocan una discusión, que á la vez da origen á una pendencia. El chicuelo, del que á una tiran el padre y la madre, se queda al fin sin pañales, y con gran contentamiento y algazara del público aparece un osezno. Aquí de la desesperación del padre al notar que la nodriza le ha cambiado su hijo.

Durante la última semana de carnaval, algunas mascaradas recorren de noche las calles de San Petersburgo, dando asaltos, como hacen en nuestras ciudades de provincias. Uno de los disfraces más generalmente adoptados, en tal ocasión, es el de parisiense, y consiste en una levita de largos faldones, cuello de camisa excesivamente almidonado y que sobresale tanto así de la corbata, peluca rizada, chorrera descomunal y sombrerito de paja, completando la caricatura una enorme cantidad de dijes y cadenas que, pendientes del cuello, chocan, saltan y se enredan en la cintura. Por desgracia, en cuanto las máscaras son conocidas cesa la libertad, la etiqueta recobra sus derechos, y el polichinela torna á ser excel-

cia, lo cual no deja de quitar al bromazo parte de su gracia.

Como para resacirse anticipadamente de las austeridades de la cuaresma, el pueblo se apresura á tragar cuanta carne y licores puede; pero no bien suena la media noche del domingo al lunes de vigilia, pasan todos de la orgía al ayuno, y esto con tanta conciencia, que los relieves de la cena, interrumpida á la primera campanada, los han arrojado ya á los perros al sonar la última. Entonces todo cambia, los ademanes lascivos se truecan en místicas actitudes, las bacanales se trasforman en oraciones, enciéndense cirios ante la imagen del patrón de la casa, y los templos, hasta aquel instante desiertos y al parecer olvidados, de un día para otro resultan pequeños.

Aunque todavía muy brillantes, tales fiestas han degenerado mucho en la actualidad en comparación á lo que eran antaño. En 1740, por ejemplo, la emperatriz Ana Ivanowna resolvió sobrepujar cuanto hasta entonces se había hecho en este género, y quiso dar una fiesta como únicamente puede darlas una emperatriz de Rusia. A este efecto fijó las bodas de su bufón para los últimos días de carnaval, y envió á los gobernadores orden de que le enviasen, para concurrir á la ceremonia, una pareja de cada especie de habitantes de sus respectivos distritos, con su traje nacional y con el tren que les era propio. Las órdenes de la emperatriz fueron puntualmente ejecutadas, y en el día mencionado, la poderosa soberana vió llegar una diputación de cien pueblos diferentes, algunos de los cuales apenas si eran conocidos de nombre. Eran estos últimos camtchadales y lapones, llegados en trineos arrastrados, los unos por perros, y por rengíferos los otros; calmucos caballeros en vacas, bucares en camellos, indostánicos en elefantes, y ostiacos en patines. Por primera vez se encontraron cara á cara y procedentes de las extremidades del imperio, el bermejo finés y el circasiano de negros ca-

bellos, el gigantesco ucranio y el pigmeo samoyedo, el grosero baschkir, apellidado por los kirghises sus vecinos *istaki*, esto es sucio, y el gallardo hijo de la Georgia, cuyas hijas son el hechizo de los serrallos de Constantinopla y de Túnez.

A proporción que iban llegando, á los diputados se les señalaba sitio, según su procedencia, á la sombra de una de las cuatro banderas que los esperaban; la primera representaba la primavera, la segunda el verano, el otoño la tercera, y la cuarta el invierno.

Llegado que hubieron todos los diputados, una mañana el singular cortejo desfiló por las calles de San Petersburgo, repitiéndose por espacio de ocho días esta procesión sin que consiguiese saciar la curiosidad del público.

Por fin amaneció el día de la ceremonia nupcial. Los novios, después de haber oído misa en la capilla del alcázar, acompañados de su burlesca escolta se encaminaron al palacio que la emperatriz les hiciera preparar, y que por su extrañeza era digno del resto de la fiesta. Era un palacio todo él de hielo, de quince metros de longitud por seis de anchura, con adornos exteriores é interiores, y provisto de mesas, sillas, candelabros, platos, estatuas y tálamo nupcial, todo trasparente, con sus galerías en el terrado y su ático, todo pintado imitando mármol verdè, y defendido por seis cañones de hielo, uno de los cuales, cargado con libra y media de pólvora y una bala, los saludó á su llegada y envió su proyectil á horadar una tabla de dos pulgadas de espesor colocada á sesenta pasos. Pero la pieza más curiosa de aquel palacio invernal era un elefante más grande que una montaña, montado por un persa armado de punta en blanco y conducido por dos esclavos; el cual elefante, más venturoso que su congénere de la Bastilla, ora fuente, ya fanal, de día arrojaba agua por su trompa, y de noche fuego; además, de tiempo en tiempo y como tales bestiazas acostumbran, gracias á ocho ó

diez hombres que se introducían por los huecos pies en su vacío cuerpo, lanzaba gritos terribles que eran oídos de uno á otro extremo de San Petersburgo.

Por desgracia, aun en Rusia semejantes fiestas son efímeras. La cuaresma desbandó á los diputados, que se volvieron cada cual á su pueblo, y el deshielo derretió el palacio.

Desde entonces San Petersburgo no ha vuelto á presenciar fiestas tan magníficas, y el carnaval parece cada año más triste.

El de 1825 fué todavía menos bullicioso que de costumbre; apenas si pudo calificársele de sombra de sus antecesores: y es que la cada vez más profunda melancolía del emperador Alejandro se extendió á un tiempo sobre la corte, que temía serle desagradable, y sobre el pueblo que, sin conocerla, compartía su tristeza.

Como no falta quien ha dicho que la tristeza de Alejandro era hija de sus remordimientos, contemos fielmente lo que la había motivado.

XII

Pablo I, al morir Catalina II, su madre, subió al trono, del que se habría visto despojado para siempre jamás si su hijo Alejandro hubiese querido secundar los planes de que le hicieran objeto. Desterrado de la corte hacía largo tiempo, siempre separado de sus hijos, de la educación de los cuales se había encargado su abuelo, el nuevo emperador imprimió á la administración de los intereses del estado, por espacio de tantos años regidos por la maravillosa inteligencia de Catalina y la devoción de Potemkin, un carácter receloso, feroz y extraño que hizo del corto período durante el cual ocupó aquél el trono un espectáculo

casi incomprendible para los pueblos vecinos y los reyes sus hermanos.

El lamentable grito que, después de treinta y siete horas de agonía, lanzó Catalina II, proclamó en el alcázar á Pablo I autócrata de todas las Rusias. A la voz de Catalina, la emperatriz María, junto con sus hijos, se arrodilló á los pies de su marido y fué la primera en saludarlo como emperador. Pablo levantó á su mujer y á sus hijos, diciéndoles que podían contar con su afecto paternal é imperial. La corte, los generales del ejército y de la marina, los grandes señores y los cortesanos, se presentaron sucesivamente al monarca, arrodillándose por orden, según su categoría y su antigüedad, y, tras ellos, un destacamento de los guardias mandado venir ex profeso de Gatchina, antigua residencia de Pablo, juró, con sus oficiales al frente, fidelidad al soberano á quien no hacía veinticuatro horas custodiaban todavía, más para responder de él que para honrarlo, más como preso que como heredero de la corona.

Al mismo instante y en las habitaciones en que la gran Catalina acababa de dormirse para siempre, se oyeron voces de mando, ruido de armas, taconeos de botas de montar y resonar de espuelas. Al día siguiente Pablo I fué proclamado emperador y su hijo Alejandro zarewich, ó si decimos heredero de la corona.

Pablo llegó al trono después de treinta y cinco años de privaciones, de destierro y de menosprecio, y á los cuarenta y tres de su edad se halló señor de un imperio en el que un día antes no tenía más que una prisión. Durante aquellos treinta y cinco años Pablo sufrió grandemente, y por lo tanto aprendió mucho; así es que subió al trono con los bolsillos llenos de reglamentos redactados durante su destierro y que con singular diligencia se apresuró á poner sucesiva y algunas veces conjuntamente en planta.

Procediendo de una manera diametralmente opuesta